UN CLUB ASCENDENTE: REMEMBRANZAS

Oscar A. Sarabia V.*

Durante la primera mitad de la década de los sesenta, el Club Alpino del Instituto de Ciencias (CAIC), nacido en 1956, se afianzó y arraigó como uno de los principales grupos montañistas de Guadalajara.

El ámbito social y económico dentro del que se desarrollaba, le permitió en corto tiempo registrar un número importante de salidas por año, aumentar considerablemente la cantidad de socios y participantes y diversificar actividades, todas ellas ligadas al excursionismo.

La búsqueda de una forma tangible que trasmitiera el ideal de su fundador, el padre Luis Hernández Prieto, S.J., dio nacimiento al CAIC y su evolución e historia se encuentran ligadas, íntimamente, al intento de concretar, de una manera práctica, esa sublime y ejemplar aspiración.

En la misma forma que las escaladas llevadas a cabo con el método clásico han perdido preeminencia y han cambiado gracias al super desarrollo del alpinismo *tecnológico*, que emplea nuevos recursos (los más espectaculares medios artificiales de escalada como las pitonisas de expansión), así el CAIC se transformó radicalmente a causa de los acontecimientos de febrero de 1968, modificando para ello su sistema directivo e independizándose del Instituto de Ciencias**, sin que por ello dejara de tener sus oficinas en el colegio y de seguir bajo la supervisión del padre Hernández Prieto.

Con la desaparición de su fundador en marzo de 1976, el CAIC entró en una nueva etapa de madurez. La mesa directiva se enfrentó a otra realidad, ya sin la fuerza que daba el espíritu y la presencia física del padre Luis; debía sublimar las enseñanzas y concentrar los ideales esparcidos por él, con peligro de que éstos llegaran a anquilosarse y pasaran de ser una realidad vivificante a un listado de frases inanimadas y vacías.

* Licenciado en Ciencias de la Comunicación. Exprofesor de la Escuela de Ciencias de la Comunicación del ITESO.

** El Instituto de Ciencias es un colegio de los jesuitas en Guadalajara.

En las nieves eternas

La historia del CAIC se encuentra a menudo asida a la realidad y a la leyenda porque es, en gran parte, la historia del padre Hernández Prieto, de la cristalización de sus ideales y la transposición de su estilo de vida a una forma tangible y concreta.

El padre Luis, hombre brillante y de pensamiento preclaro, acostumbrado a obtener grandes éxitos, a vivir con el deseo de llegar siempre a lo mejor contra todo tipo de dificultades, a tener una contínua ascención tanto espiritual como profesional, a lograr el éxito en cada acción que emprendía, encontró en el montañismo una manera de trasmitir su ideal. El CAIC fue para él una contínua ascención de cimas, una escuela de ideales y de voluntad, la permanente superación física y moral que adquiere el excursionista en su lucha constante contra los elementos y circunstancias.

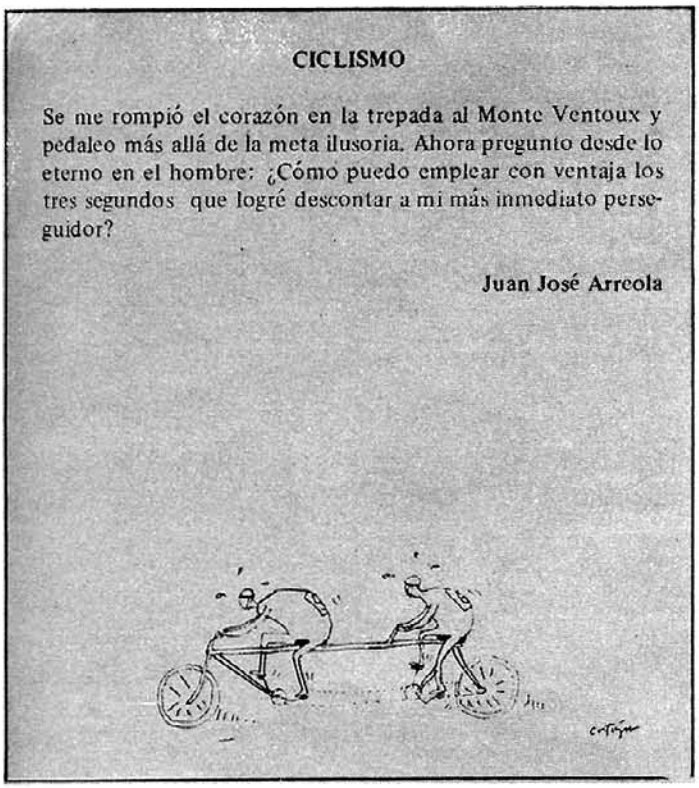
El Club Alpino del Instituto de Ciencias nació sobre las nieves eternas del Iztaccíhuatl en abril de 1956, como parte de las actividades del colegio, dirigido a la formación del carácter de los alumnos. Ese mediodía se cristalizaba la idea del padre Hernández Prieto, engendrada, tal vez, durante su magisterio en Puebla en 1940, cuando organizó sus primeras excursiones a los volcanes; la idea de compartir, perenemente con aquellos jóvenes sensibles a las bellezas naturales, la seducción de las montañas y sus verdaderos encantos; de participar con ellos en el descubrimiento de los misterios que encierran las alturas superiores a los 5,000 metros, de partir de esa alegría que todavía flotaba en el mundo montañista por la conquista del Everest por Tesing y Hillary tres años antes (1953); de enfrentar conjuntamente las dificultades y el cansancio a sabiendas de que cada paso a la cumbre forjaba el carácter y daba temple a esa, su primera generación de montañistas.

Después de dos años de la primera excursión, el 4 de mayo de 1958, se bautizó con el nombre de CAIC al Club Alpino del Instituto de Ciencias y se tomó como patrono del mismo a san Estanislao de Kotska –joven que cruzó a pie los Alpes de Viena a Roma, para conquistar su ideal.

El CAIC se formó como una dependencia del Instituto de Ciencias que complementaba la formación del alumno, en la que podrían participar no sólo aquellos muchachos de aptitudes extraordinarias o superdotados atléticamente, sino también aquéllos que tuvieran una sensibilidad hacia lo natural, que supieran compartir alegrías y privaciones, capaces de dar su mejor esfuerzo por una obra conjunta.

Ese era el CAIC de los primeros años, el de las primeras generaciones que, como casi todas, tuvieron sus etapas de egoísmo, de reflexión y de participación activa. Era un club en el que a pesar de estar abierto a todo el colegio, por sus mismas limitaciones de espacio, de transporte y por el desconocimiento y temor de los padres de los alumnos, se volvió una actividad casi exclusiva de unos pocos privilegiados.

A diferencia de otros grupos montañistas de Guadalajara como el Cima o el SUTAJ, los integrantes del CAIC tenían características privativas a su origen: eran estudiantes, muchachos entre los 13 y los 18 años, pertenecientes generalmente a una clase acomodada, con grandes periodos de descanso para practicar su deporte. Estaban inspirados en los motivos religiosos católicos, veían en el montañismo una forma mística de superación que debía pasar a través del sacrificio y el sufrimiento para lograr la cumbre espiritualizada como el premio final.



Bajo estas circunstancias tan *sui generis*, el montañismo que hacía el CAIC adquiría diferentes matices durante su práctica y era a la vez una ciencia, un juego, una ética, un deporte según el grado de madurez, la cultura y la filosofía de aquellos que la practicaban. Basado en el respeto y la libertad, el CAIC practicaba un montañismo libre de reglas y esquemas fijos, aunque para lograr determinados objetivos era necesaria la aceptación de ciertas normas de conducta. Buscaba en las montañas un gran laboratorio natural donde se podían aprender nuevos conocimientos a la vez que mostrar su empuje y fuerza juveniles. Era ahí donde se descubría que Petrarca escaló el Monte Ventoux en 1336 y que por ello se le considera el padre espiritual del alpinismo. Era el monumento a Diego de Ordaz, en la punta del Popocatépetl, el primer hombre del que se tenía conocimiento que había subido nuestros volcanes, con el fin de obtener azufre para ser usado en los cañones durante la Conquista.

El CAIC englobó desde su origen actividades montañistas y excursionistas. Las primeras eran para los más osados que deseaban alcanzar una cumbre, anteponiendo una actividad competitiva sobre otras motivaciones de fondo éticas o culturales. El excursionismo, por su parte, era la expresión del deseo de practicar una actividad en un ambiente natural con el único fin del ejercicio físico, a veces unido a motivos de carácter científico, cultural o estético. Es decir, en el montañismo se encuentra implícita la confrontación y el reto de la montaña; y en el excursionismo priva sobre todo la noción de esparcimiento.

Los sesenta; peligros y riesgos

Durante la década de los sesenta el CAIC sufrió un cambio, producto de la evolución de sus integrantes. El deseo y la ambición de escalar las más altas cimas de México dejó atrás, muchas veces, el interés en el esparcimiento y en el juego. Un nuevo, fuerte y pujante estímulo corría en la sangre del CAIC.

Una nueva sensación incitaba a los precursores del club a buscar una identidad, embarcados en la aventura alpina. Un grupo de jóvenes –15 a lo más– demandaba una nueva confirmación de su superioridad privilegiada con respecto a sus compañeros de colegio quienes, como se ha explicado, por características restrictivas del mismo club, no podían participar en todas las actividades.

La forma distinta de mostrar la valía era mediante los peligros y riesgos de las escaladas. En cada ascención se encuentra más vigor para las duras batallas que se darían en las grandes subidas a los volcanes. El *tour* de los tres más altos de México no era solamente un deleite y una diversión, sino también una prueba de fuego y un examen de madurez para esas generaciones de jóvenes.

Con la extensión de la actividad montañista se desarrolló un nuevo concepto dentro del club. En 1961 se fundó la sección de escalada. Se reconoció y valoró al montañismo femenino y algunas ascenciones a los volcanes y montañas menores, se realizaron en compañía de mujeres.

La sección de escalada dio un nuevo impulso al CAIC; a la conquista de la cumbre –considerada siempre como objetivo– se añade la búsqueda de la aventura; la consciente superación del riesgo buscado; la práctica del alpinismo se había convertido en riesgo, juego y aventura.

Es la época de las contínuas salidas cada fin de semana, de las primeras giras: las ocho cumbres más altas de México, el Tacaná en el Sureste, en el Norte la Tarahumara; de las idas a Quila, La Bufa, Bernal, Los Frailes, Tapalpa, buscando siempre el reliz más alto por *rapelear.*

La sección de escalada en esta etapa del CAIC, pretendía lograr lo más difícil como finalidad y convirtió al montañismo en una actividad mitificada y heroica, símbolo de afirmación de la individualiad propia. En los años 1962 y 1963 la escalada llegó a su clímax en lo que se refiere a estilo y audacia. La exaltación del riesgo y el código de honor implícito por los componentes, proyectaba a esta sección en una desesperada búsqueda de la afirmación del heroísmo como finalidad y segregaba a este equipo del resto, que no podía comprender el hechizo de la escalada y el atractivo encanto del riesgo.

Durante esa etapa el CAIC también desarrolló una actividad cultural y de relaciones públicas. Estas acciones se realizaron primero a través de audiovisuales y exposiciones fotográficas y después de películas. El P. Hernández Prieto promovió al CAIC entre los padres de los alumnos, entre los exalumnos y conocidos, a la vez que buscaba patrocinadores. Las películas narraban gran parte de la filosofía del CAIC y su evolución. Del egoísmo competitivo se llegaba, en la película "Alguien", a un *ser para los demás.* De un estado ético se pasa a un estado religioso a través de la acción física de escalar, lo que fortalecía y purificaba el espíritu. No valía la pena ser el mejor y saber todo sobre alpinismo con el único fin de hacer ostentación de las habilidades; lo importante era reconocerlas e incorporarlas en un cuerpo común que regulara esa existencia.

Deporte y carácter

Con el año escolar 63/64 llegó una nueva etapa. Reconocido el club como una escuela donde se conjugaba el deporte con la formación del carácter, empezó a tener una mayor demanda entre los alumnos del Instituto de Ciencias. Es la época de la persecución de diplomas y medallas heredadas de la "proclamación de dignidades"; es la época de escasa permanencia en Guadalajara –aproximadamente 150 días al año, únicamente aquéllos en los que había clases– ya que casi siempre y gracias al bajo costo de cada excursión, el CAIC se encontraba subiendo volcanes, navegando ríos o escalando alguna roca.

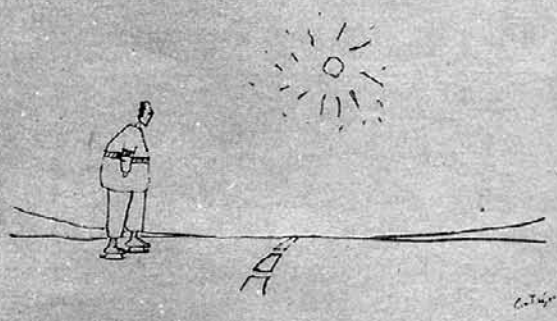
La participación de las familias era cada vez mayor, las fiestas de san Estanislao se veían más concurridas y el registro de participantes era llevado meticulosamente por el P. Hernández Prieto. La adopción del nuevo escudo del CAIC vino acompañado de una invasión de los padres de los alumnos que se comprometían con el club y con su fundador. Gracias a ellos se adquirió material nuevo que permitió una mayor número de participantes.

LA MANIA DEL SPORT

Pero sucede en México que, examinando superficialmente las cuestiones, se abandonan los ejercicios verdaderamente útiles para entregarse a los infecundos o perjudiciales. Fijémenos, por ejemplo, en el *sport* a la moda: en la manía de patinar. Creo improbable que las calles de México se conviertan hoy o mañana en un lago helado. Es difícil que los gomosos mexicanos organicen una expedición para explorar el Polo Norte. En materia de nieve sólo tenemos la que se vende en los cafés, cuando no estamos en verano.

Los patinadores tienen que renunciar, por consiguiente, a la parte pintoresca de su arte. A lo único que pueden aspirar es a correr sobre un entarimado, mientras toca la orquesta alguna polca. El ideal es uno de esos muñecos de cuerda, con los que tanto sueñan nuestros hijos. En cambio, para obtener esa destreza inútil que no emplearán después en cosa alguna, se exponen a romperse las costillas o a quebrarse las piernas. Al ver la facilidad con que las exponen, cualquiera pensará que tienen cuatro.

Manuel Gutiérrez Nájera



Vigilante del desarrollo del CAIC, el padre Luis reordenó esa axaltación del riesgo y el amor al peligro de los miembros del club en busca de un alpinismo no suicida (como se denominaría en Europa). Introdujo en la escalada el concepto de seguridad como condición indispensable. Preveía la gran afluencia de futuros miembros e introducía este concepto inspirado en su gran conocimiento de la valoración de las limitaciones del hombre con respecto a las dificultades. Era el paso a un tipo de montañismo entendido como juego y ejercicio atlético libre de mitificaciones y heroísmos egoístas. Se trataba de una actividad ajena al clima de exasperada competencia creada en los inicios del club.

Se buscaba también con este nuevo tipo de excursionismo contraer un compromiso con lo propio, lo nacional, lo mexicano. Se descubren en las salidas a diversos lugares de México, los valores del sentimiento y de las tradiciones históricas nacionales. La naturaleza, el paisaje, las ciudades ya no eran lugares para exaltarse o esparcirse sino entidades en las que es posible identificarse libremente fuera de esquemas prestablecidos. Era la forma de conocer primeramente nuestro país, palparlo, recorrerlo y vivirlo íntimamente para encontrar un compromiso antes de emprender las salidas al extranjero.

Esa búsqueda contínua que ofrecía el CAIC por la identidad personal, encontraba un segundo impulso —si hay que decirlo de alguna menra— en la figura de *Chava* Santoyo. Su larga experiencia como alpinista —en alguna parte de su vida como *alpinista solitario*— le han brindado una filosofía existencial propia y sensibilidad especial hacia los demás y hacia el montañismo, que se traduce en su forma de ser y en su carácter.

Como el brazo derecho y segundo de a bordo del CAIC, *Chava* apoyaba a su manera el ideal del P. Hernández Prieto, participando en la mayoría de las excursiones de esa época, brindando la protección y el aplomo a esas generaciones de montañistas. Su sentir romántico del alpinismo le llevaba a emprender ascenciones sin necesidad de guías gracias a su gran conocimiento de rutas, sentido de orientación y cambios meteorológicos. Es así como en 1964 llevó al CAIC a la cima del monte Teewinot, en el 65 a Mont Rainier, a los glaciares de Kewil en Alaska en 1966, a la Athabaska en 1967 y en 1969 a Mont Blanc, por nombrar algunos cuantos.

A partir de 1965 el CAIC empieza a mover grandes cantidades de socios en cada excursión. La adquisición de nuevos transportes y *lo barato* de las salidas permitía el movimiento de varias decenas de participantes. Los viajes a Estados Unidos se efectuaban cada año: la Feria Mundial en Nueva York en 64/65, Alaska en 1966, Stampida en el 67, Feria de San Antonio en 1968 y Europa en 1969.

El aumento sensiblemente notable del número de excursionistas llevó al club diversidad de miembros que buscaban en él una aventura que les proporcionara la satisfacción de sus propios deseos de afirmación deportiva y existencial. El CAIC les brindaba una amplia gama de posibilidades de lograrlo ya que como escuela se aprendía a aceptar privaciones, a desarrollar esfuerzos, a fortalecer el compañerismo, a ayudar a los demás, a afrontar retos y asumir responsabilidades.

El CAIC encontró gran cantidad de socios dentro de todas sus secciones: alpinistas, escaladores y excursionistas; se conjunta como bloque y adquiere la filosofía pretendida por su fundador: la introspección personal en la búsqueda de una satisfacción total sobre la autosuperación como ideología

y afirmación sobre los demás.

A finales de 1967 se habían realizado cerca de 220 excursiones con promedio de 60 participantes en cada una. Había recorrido todos los estados y territorios de la República Mexicana, a excepción de Baja California, y había efectuado seis giras al extranjero: Estados Unidos (incluso Alaska) y Canadá. Llevaba más de 290 mil kilómetros recorridos.

La retirada

El Club Alpino del Instituto de Ciencias sufrió un cambio radical a raíz del trágico accidente del 4 de febrero de 1968. A pesar del apoyo de la Asociación de Padres de Familia del Instituto de Ciencias, en especial de los familiares de los muchachos que murieron en el Iztaccíhuatl, el CAIC restringió su actividad montañista y de escalada orientándose más hacia el excursionismo. El descenso en esas dos actividades, aunado al temor de muchos padres de los alumnos, redujo la participación de elementos en las excursiones.

La dirección del Instituto de Ciencias separó al CAIC de su tronco buscando desligarse de posibles implicaciones en caso de futuros accidentes y tratanto de proteger al resto del Colegio de ese miembro que podía causarle daño.

El P. Hernández Prieto vivió estos tristes momentos y puede ser que en más de alguna ocasión pensara en la desaparición del CAIC. Sin embargo, la inercia del club era más fuerte y rehusarse a mantener vivo ese compromiso hubiera sido como abandonar la vocación que tanto amaba.

El tropiezo fue, sin lugar a dudas, demasiado duro para el hombre que había llevado sobre sus hombros, durante 10 años, el peso con la responsabilidad de una escuela forjadora de carácter. Con el fin de evitar una posible desaparición del CAIC, los padres de los alumnos más comprometidos con el club propusieron una nueva forma de dirección que repartiera la responsabilidad, a la vez que vigilara más de cerca la seguridad de los muchachos –sus hijos– que querían hacer excursionismo en un club que ofrecía todo tipo de ventajas para ellos.

La nueva mesa directiva contó con la presencia del P. Hernández Prieto, como un miembro más, pero de alguna manera él tomaba decisiones y programaba algunas salidas. Sin embargo esta nueva forma tenía sus limitaciones: como club relacionado con el Instituto de Ciencias, no hacían más alpinismo de alta montaña y cuando se hacía sólo podían participar los alumnos de preparatoria, por lo que se recurrió a subterfugios para volver a las nieves eternas. No era esa la manera como el P. Hernández Prieto deseara se realizaran las salidas del CAIC; más aún, no era de su agrado utilizar otros nombres de clubes para volver a los volcanes y, sobre todo, el restringir tanto esas salidas.

Por otro lado, la sección de escalada casi desapareció y sólo participaban de ella aquellos alumnos que habían aprendido a escalar antes de junio de 1968. La seguridad se redobló dentro de todas las áreas del CAIC: equipo, transporte y programas se revisaron sistemáticamente, desechando aquello con lo cual no se estuviera del todo conforme.

Como CAIC, durante tres años no volvió a los volcanes; una nueva sección de escalada se formó en 1972, gracias al deseo latente que conservaban antiguos socios y miembros de la mesa directiva. Sin embargo, su reaparición no fue del todo convincente ya que para esas fechas sufrió un accidente.

El P. Hernández Prieto murió en marzo de 1976 y ratificando lo escrito por el P. Xavier Gómez Robledo: "tuvo en el CAIC grandes alegrías y

también grandes penas con los trágicos accidentes que sufrió y que le afectaban como a un padre le afecta lo que atañe a sus hijos".

A 10 años de la muerte de su fundador, el CAIC parece otro; se percibe una distinta concepción de la noción alpina a la de las primeras generaciones, ya que por naturaleza e ideología moderna, no acepta ritos, aunque a veces parece buscar el ejemplo de aquellos primeros *caicos,* como si éstos fueran una especie de seres fuera de lo común dotados de excepcionales capacidades.

El CAIC moderno, mejor ordenado y con mayor experiencia que hace 20 años, busca por otra vertiente, más segura, alcanzar nuevas y mayores alturas que aquellas entonces logradas tal vez con técnicas inseguras, pero acompañadas de una extraordinaria determinación. La generación de los sesenta, cuya cultural alpina simple y a veces primitiva le llevó a desarrollar el sentido práctico de la acción, fue definida como:

"La juventud comprometida
a amar el riesgo y conquistar la altura."

El moderno CAIC está dirigido casi únicamente por alpinistas pertenecientes o descendientes de aquella vieja *aristocracia* alpina que participó en la restructuración del Club Alpino del Instituto de Ciencias después de 1968 y han convertido al club en una organización potente y eficaz, ordenada y estudiosa del oficio, que realiza una práctica de gran calidad, con verdadero espíritu deportivo.

Sin embargo, deben cuidar que esta práctica se esparza y divulgue para evitar que el fenómeno alpinista se mal interprete y se les identifique con papeles de héroes modernos o campeones invencibles que los aleje del resto del contexto humano dentro del cual se mueven.

A casi 30 años de distancia de su fundación, el CAIC ha evolucionado de diversas maneras pretendiendo un mismo fin por caminos tal vez distintos. Sin embargo, en el fondo encontramos una misma enseñanza del P. Hernández Prieto:

> "No se nace alpinista, sino que se hace alpinista por medio de una seria aplicación y espíritu de sacrificio. El alpinismo es una actividad para toda persona que posea un físico normal y voluntad. La predisposición puede, más tarde, favorecer el refinamiento de la habilidad y la superación de las dificultades inaccesibles a la mayoría. Sin embargo, recorrer las montañas y los glaciares, ascender a las cimas, descubrir el paisaje montañoso y estar en contacto con la divinidad, es una de las más bellas y genuinas satisfacciones al alcance de todo el mundo."